



# Las tres dimensiones del amor.

*René Castellanos.*

“

Ágape” es el amor que se manifiesta en el impulso a ayudar, salvar o realzar al objeto, más que en el de poseerlo o disfrutarlo.

Se orienta al objeto amado, independientemente de sus valores o excelencias. Se dirige incluso a objetos no amables o atractivos; es más: puede tomar como objeto personas o grupos odiosos, o despreciables, o peligrosos, como una banda de delincuentes juveniles. Tal es el amor de Dios por los pecadores. Porque “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados nos dio vida juntamente con Cristo” (Efes. 2:4-5). Este amor “no busca lo suyo”. Por eso no es “egocéntrico”, sino sentado en el otro, “alocéntrico”, y se orienta *desde dentro*. Es amor que requiere más el ejercicio de la voluntad que de la emoción. Es amor en acción; por eso se hace “amor eficaz”, no “fácil”, pero “efectivo”. Tal es el amor de Dios, y es el amor que Jesús reclama del ser humano en el sermón de la llanura del evangelio de Lucas. Décadas después, Juan escribirá en su primera carta: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

## Las tres dimensiones del amor

A partir de este momento, siempre que nos refiramos al amor, nos estaremos refiriendo al concepto cristiano del amor, al “ágape”; en caso contrario, precisaremos a qué concepción nos referimos.



La parábola del hijo pródigo expone de modo práctico lo que llamamos “las tres dimensiones del amor”. Esta es la tercera de las tres parábolas que Jesús ofrece como respuesta a la crítica de los fariseos y escribas: “Este a los pecadores recibe y con ellos come”. Al exponerla, la intención de Jesús es ilustrar el amor de Dios en la conducta de un padre que actúa por amor; y su amor se mueve dentro de las tres dimensiones del amor cristiano. Estas tres dimensiones van a aflorar al analizar nosotros sucesivamente cada uno de los tres diálogos que el padre sostiene con sus hijos. Al hacerlo, consideraremos que hay diálogo si hay un intercambio en la comunicación; y afirmaremos que hay respuesta siempre que ella esté dada, ya en palabras, ya en acción. Aplicaremos, además, al texto, y muy particularmente al diálogo, el código de la razón: razón según el código de nuestras sociedades occidentales; código *social*, o mejor *cultural*. No es el código de la lógica formal, sino el código de la lógica de la vida diaria, de la práctica. Y al aplicarlo veremos con sorpresa que las respuestas del padre rompen con ese código de la razón. Su conducta no es “razonable”. Es que el amor (“ágape”) va más allá de la razón humana.

Comencemos y analicemos el primer diálogo. El menor de los hijos dice a su padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Respuesta: “...y les repartió los bienes”.

¡Esta respuesta no es razonable! No hay en el padre reacción alguna de oposición o intento de disuadir al hijo de su propósito.

Generalmente, un padre que obrara así en nuestra cultura o en cualquier otra, sería fuertemente censurado o calificado de insensible o débil.

Mas el padre de esta parábola obra así porque está movido por el amor (“ágape”), pues la primera dimensión del amor es la *aceptación*.

La *aceptación* implica una rendición incondicional a la manera única de ser del otro. “Debo rendirme a la naturaleza de las cosas”. Y en esta dimensión de mi amor a ti, debo reconocer en ti el derecho a logarte, a realizarte, no según mis patrones o mi modelo, sino según los patrones que tu propia naturaleza,



estructura y ritmo, te señalan. A la aceptación se oponen el consejo y la coerción. En la parábola el padre reconoce en el hijo el derecho de ser diferente, hasta el derecho a equivocarse; y lo respeta cuando lo deja actuar independientemente, y no estorba el quehacer que corresponde a su edad, a su madurez o a su condición. La aceptación es respeto a la autenticidad del otro. “Yo soy solidario contigo en la profundidad de tus propias acciones” (Heidegger).

Esta dimensión del amor es fundamental en las relaciones humanas; no obstante su ejercicio es tremendamente difícil. Es en esta dimensión del amor donde el amante confrontará mucha dificultad y mucho dolor.

Pablo intenta cubrir esta dimensión del amor cuando en su primera carta a los corintios les escribe: “...todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor. 13).

Pero hemos de precisar que “aceptación” no es lo que en nuestra cultura occidental entendemos generalmente por “tolerancia”. En ésta, en cierto sentido, yo no me coloco junto a ti; más bien hay implícito en mi un juicio a ti, una postura “a pesar de ti”, me resigno a ti y ahogo toda esperanza respecto a ti. En la aceptación, mi amor te abraza y se abre, no a la resignación, sino a la esperanza respecto a ti y respecto a mí. Por eso, en medio de ideologías múltiples, la aceptación es condición “sine qua non” para el diálogo en el mundo de hoy. No es posible la libertad fuera de esta dimensión: quedaría coartada, ahogada, sin sentido. Con el pretexto de que te quiero mucho, “por tu bien”, no tengo el derecho de imponerte como padre o madre, maestro, pastor o político, mis criterios o proyectos respecto a ti:

Analícemos el segundo diálogo de la parábola. Este, de nuevo, con el segundo hijo. Regresa a la casa paterna abatido, desolado, destruido en su integridad personal; viene arrepentido, aunque reconoce que no tiene derecho alguno a incorporarse al hogar con los derechos que, como hijo, antes tenía: pedirá hacerlo como jornalero. El diálogo consigo mismo y las reflexiones que precedieron al encuentro, su petición misma, están dentro de la razón ¿Qué más podría él pedir



después de su comportamiento? Y hubiera sido muy razonable que el padre aceptara las condiciones propuestas por el hijo.

Más la respuesta del padre es otra muy diferente, y está fuera de lo que en nuestras culturas, occidentales u orientales, se consideraría reacción “razonable”. Y es así porque el padre ama, y se mueve dentro de la segunda dimensión del amor. Esta dimensión es la *rehabilitación*.

La *rehabilitación* consiste en la satisfacción plena de las necesidades del otro, sin imponer “mi” definición o concepción de esas necesidades. Tradicionalmente hemos considerado que esta dimensión del amor es más bien su único componente, sin considerar las otras dimensiones. Pablo le sale al paso a esta exigua concepción cuando escribe: “...si repartiese mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Cor. 13).

En Génesis 2:18 se definen las dos necesidades básicas del ser humano: *compañía* y *servicio*. En la parábola del hijo pródigo se desglosan esas dos necesidades básicas tan abarcadoras. Y el padre rehabilita al hijo no sólo dándole vestido, zapatos, alimento y techo, sino también cariño (el beso), dignidad (el anillo), hogar, alegría (la fiesta), sentido de pertenencia y campo social (la casa).

Dentro de esta segunda dimensión, el presunto amante o amador ha de considerar y descubrir todas esas necesidades fundamentales a la restauración del otro, o educar al amado en las demandas de aquellas necesidades esenciales a su plena realización. Los hombres, las sociedades y los gobiernos, aun la Iglesia, no siempre aciertan en esto, o no quieren acertar en esto.

Y ahora analicemos el tercer diálogo; éste, con el otro hijo, el mayor. De este otro análisis aflorará la tercera dimensión del amor.

A su regreso del campo donde, posiblemente, trabajaba, el hijo mayor conoce por los criados la causa de la fiesta en el hogar: “Tu hermano ha venido..., bueno y sano”. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió, por tanto, su padre, y le rogaba que entrase



El hijo expone entonces sus quejas y descontentos. Aplicando el código de la razón, código de nuestra cultura occidental, e incluso de otras culturas, hay mucho de razón y de “justicia” en la demanda y actitud del hijo mayor. Más lo que ahora nos importa es la reacción del padre, y cuánto hay de tal razón en su respuesta. Él podría forzar al hijo a entrar “usando sus derechos de padre”. O podría tranquilamente dejarlo fuera y esperar, si acaso, a que cesara su enojo; esto sería “razonable”, teniendo en cuenta que su llegada inesperada y su actitud violenta han venido a perturbar la alegría de la fiesta. Tampoco lo hace. Reafirmando nuevamente su amor a él, insiste en incorporarlo a la fiesta y al gozo del regreso del otro. ¿Por qué lo hace? Porque la tercera dimensión del amor es la *conciliación*. El amor (“ágape”) es *una actividad en triángulo*.

La *conciliación* es la dimensión en que se pugna por incorporar a los terceros en esta actividad de amar. Implica tener en cuenta a los otros en mi praxis de amor; hacer a los terceros sujeto y objeto de nuestro amor. Es amor compartido.

El “ágape” es inclusivo; el “eros” es exclusivo: “Te quiero conmigo y para mí. Me quiero contigo y para ti. No nos importan los otros”. No hay triangularidad en el “eros”: se mueve en una sola dirección.

El “ágape” es un movimiento subversivo hacia la plenitud del ser humano; es el corazón del proyecto de vida frente al proyecto de muerte; es un apasionado intento hacia el “Shalom” (paz), reinado final del amor. En esta esperanza, y como última motivación, está el secreto de este “amor aguerrido”, el misterio de su constancia, la fuente de su coraje y su resistencia.